

que aparece á primera vista más encontrado y contradictorio con ellas; y por tal causa indudablemente las épocas de conflictos más violentos, de guerras más feroces, de mayores violencias resultan al cabo en los anales humanos también las épocas en que mayor imperio ejerce la gracia sobre la fuerza. Los antiguos, para mostrar la identidad de los contrarios, casaron á Venus con Marte, la guerra con el amor. Por esta causa, por el amor, imperó en la Ciudad Eterna una mujer tal como Teodora. Y aquí vuelvo á mi tema, no de las analogías, de la identidad entre los períodos que han producido las instituciones progresivas y los períodos que han producido las instituciones conservadoras por lo respectivo á guerras y matanzas. Mucho se dice del influjo excepcional que tuvieron en el período revolucionario las mujeres. Pues lo tuvieron extraordinario en el Pontificado. Durante casi toda la centuria décima rodó el santo anillo de los pescadores, frase con que los cristianos calificamos el anillo del Papa, de mano en mano de mujer. Así como la revolución francesa vió María Antonieta entre los realistas, madame Staël entre los constitucionales, madame Rolland entre los girondinos, el siglo décimo ve las Teodoras y las Marozias entre los Papas. Se necesita subir á los tiempos de la romana clásica Livia para encontrar una mujer como la medioeval Teodora. De bellísima presencia, de apostura cesárea, de ojos fascinadores, unía indisolublemente á todas estas partes del cuerpo la gracia del ingenio y la fluidez del labio, tan poderosas sobre los ánimos varoniles y fuertes. En los salones romanos parecía una hetaria griega, por la inspiración y la hermosura; en los campos de la guerra y los escollos del Estado una Semiramis, por la energía y la entereza; en los amores y en los placeres una Cleopatra por la seducción y por la voluptuosidad. No se llamó Reina; pero se llamó Senatrix en prueba de su inmensa influencia sobre aquella guerrera oligarquía. Su grande astucia, propia cualidad del sexo á que perteneciera, servíale para desconcertar la fuerza. Los triunfos de su política llegaban tras las derrotas de su pudor. Un beso de Teodora solía valer una mitra, cuando no valía una tiara. Doble, fiaba más en el poder de la seducción que en el poder de las armas. Pero, cuando las armas de sus ojos no bastaban, acudía también á las armas del combate. Por violencia exaltó á Juan X, verdadero Pontífice de Teodora, la cual llegó hasta personificar el Pontificado como personificara la Ciudad Eterna. Y este poder de las mujeres en el mundo pontificio tomó los caracteres de un poder hereditario. Por causas hereditarias obtuvo el poder de Teodora Marozia, quien fué respecto de aquélla lo que fuera de Mesalina respecto de Livia, tanto por su incapacidad, como por sus vicios. El trono de los Papas se trocó en el lecho de las lujurias de Marozia. Y esta mujer un día concitó sus partidarios, los armó, los condujo al Palacio de Letrán, los amotinó, les hizo entrar dentro con grave desacato hasta coger al Papa de Teodora sin respeto; y llevándolo á la cárcel más próxima, lo mató ahogándolo so una grande almohada. Así pudo elevarse á verdadera Papisa con la espada del Patriciado que llevaba su cachorro Alberico en las manos y con la tiara del Pontífice que llevaba su ca-

chorro Juan Undécimo en la cabeza. Y, al cabo de cierto tiempo, Alberico, representante de la grande aristocracia feudal, se revuelve contra Juan su hermano, representante de a monarquía pontificia, y lo encierra en una prisión despiadada con la torpe madre de los Idos, con Marozia. Mas el Pontífice no tolerará por mucho tiempo esta tutela próxima de los caballeros romanos y la sustituirá con una lejana tutela, con la tutela de los Emperadores alemanes. Así Juan XII, hijo de Alberico, desmintiendo la sangre y la política de su padre, llama los alemanes, y funda el nuevo Imperio, protector de la Roma católica, que por su origen germano y sus germanas tendencias, tan funesto debía ser á la gente latina. Parecía que unidos en fines del siglo décimo Juan XII y Othon I, la paz debía reinar sobre Roma, como consagrado el Emperador de mano de Pontífice y ungido con sus óleos. Pues no: se desavinieron bien pronto y Othon volvió contra Juan el cetro que Juan le cediera. Así, entrado en Roma para castigarlo, requirió de los magnates le dijeran cuanto supiesen de la vida religiosa y moral del Pontífice. Parece una hoja esta desceñida del historiador Suetonio y del historiador Tácito, trasmitiéndonos los horrores de la Roma imperial. Sus propios cardenales decían que vieran al Papa Juan XII vender las dignidades eclesiásticas por oro, nombrar prelado á un chiquitín de diez años, decir misas sin hostias consagradas, ordenar diáconos dentro de una cuadra y fuera de las témporas, adulterar y yacer con la concubina de su padre, cometer incestos monstruosos con sus más próximas parientes, mutilar á su padrino y arrancar los ojos á sus cardenales; incendiar barrios enteros de Roma como Nerón, darse á la magia como Heliogábalo, invocar á Venus como los sacerdotes de Chipre, y tomar la copa rebosante de vino maleficiado por las brujas para beber en honor de Satanás y del infierno. Tras tales insultos sobrevino lo que no podía menos de sobrevenir, la destitución solemne de Juan XII, y la triste arrogación por los Othones de la facultad, hasta entonces privativa del pueblo romano, la facultad de nombrar los Papas. ¿No creéis asistir á la revolución francesa?

Apenas el régimen de unión entre Imperio y Pontificado surge, cuando le sigue ruidoso rompimiento, y á este rompimiento subsigue una serie de catástrofes tan enormes como las que lamentamos por los tiempos de la Revolución francesa. Othon I establece un Papa; y este Papa es un laico, protonotario eclesiástico de áspero natural, hecho con improvisaciones inexplicables, ostiario, lector, acólito, subdiácono, sacerdote, obispo, cardenal, merced á lo que recorrió en un día sólo el espacio mediante desde la punta del mundo eclesiástico y su trono. Hecho esto, disponíase Othon á partirse de Roma, cuando tocan á rebato las campanas, resuenan los aires con gritos de muerte, las armas vibran, se tapien los hogares como para una resistencia desesperada, las calles se muran como fortalezas y un asalto á la colina vaticana se decide por todos contra el palacio donde residía el Emperador, quien expidió para someter aquella sublevación romana la gente más feroz de sus tropas allegadizas, la cual gente se cebó y ensañó en ellos como en los pajarillos los mila-

nos, extendiendo por todas partes rojas y negras señales de su paso, y sólo cediendo tras horas larguísimas de un horrible desquite, al mandato del Emperador, compadecido y penado del saco, del incendio, del degüello, que convertían su protección sobre Roma en el aniquilamiento de Roma. Pudo el Emperador destrozarla y no pudo sostenerla. Partido el triunfante Othon, el Papa depuesto por su mano imperial, se repuso, y movido por afectos de venganza, cautivó al obispo de Epira, cortó una mano al protonotario Azzone, arrancó la lengua y los ojos al cardenal Azoine; y después, vuelto á su vida viciosa, desde que volvió á su trono pontificio, como profanara el cubículo de una dama principal, encontró su sepultura en el tálamo de sus placeres á manos de un ofendido esposo, quien le mató de un golpe tremendo en la cabeza, destruyendo y aplastando así aquel reptil inmundo. ¿Hay muchas escenas parecidas en la Revolución francesa? Pues dos ó tres Papas en aquellas alternativas se sucedieron y dos ó tres veces bajó desde Alemania Othon á Roma en requerimiento de venganza. Los cónsules fueron depuestos y extrañados; los doce capitanes del pueblo muertos en suplicio afrentoso; varios corifeos desposeídos de los ojos y atormentados en crueles tormentos; la ciudad entera metida en sacos y revoluciones sin número; una gran parte de aquellas familias pasadas á cuchillo; agravándose los horrores con las burlas infligidas á los más altos dignatarios, puestos desnudos en burros con sus caras á la cola, obligados á tocar campanillas que atrajesen sobre sus personas la risa, ceñidos de plumas semejantes á las que llevan los salvajes sobre sus cabezas, conducidos de plaza en plaza por las calles entre denuestos, asesinos de sus almas y de sus honras; que no se perdonó ni á los cadáveres, pues el sestiaro Rofredo fué, después de muerto, extraído del seno de su sepultura y arrojado á los perros errantes por las orillas del Tiber. Cuanto costó fundar el Imperio, tanto el Pontificado. ¿Por qué no? La Historia se repite hasta la muerte del último de los Othones, que son tres. El hijo hace lo mismo que su padre. Y el tercero sigue la senda misma del primero y del segundo, toda ella sembrada de crímenes. A la muerte de éste, nuevo Emperador y nueva sublevación en Roma. El pobre Juan XIV, de Othon II hechura, es arrancado á su sede y metido en un calabozo donde muere por hambre á los cuatro meses de su encierro. Su competidor, nombrado por el pueblo romano, é ido hasta Bizancio de aventura en aventura, el octavo célebre Bonifacio, vuelve. Pero como robara el tesoro pontificio de Roma y se fuese á gastárselo alegremente aliá en la cismática Constantinopla, al presentarse sin reparo, los romanos le castigan sin escrúpulo, y lo cogen, lo golpean, lo hieren, lo mutilan, lo arrastran, lo matan, lo injurian, lo patean, y dejan su cadáver insepulto al pie del simulacro de Marco Aurelio. Sucédele Juan XV, erudito á la usanza de aquel tiempo, y enemigo de la gente patricia romana, por ser él á su vez hechura de los alemanes y del Imperio. Papa germánico, pues, debía temer la implacable enemiga de los Cencios latinos, tanto más cuanto que el Imperio se hallaba personificado en tierno niño como Othon III, y la regencia en débil mujer como Teofania de

Bizancio. Así aparece Cencio con el nombre de patricio romano. Engañado fuera éste acerca del valor de Teofania, porque imitando la Emperatriz á su padre y á su esposo, marchó á la cabeza de los ejércitos como un general; presidió el sínodo de los obispos y cardenales como un jefe de la Iglesia; dió sentencias como un magistrado experto; entró en Roma como un Emperador victorioso. Pero, constreñida por los sucesos á partirse de Italia hacia Germania, donde murió al poco tiempo, recogió Cencio las riendas del Estado, y se declaró protector de Roma. Mas al poco tiempo, vuelve Othon III á la cabeza de numeroso ejército, circuido de obispos, y encontrando á Juan XV muerto, exalta ó coloca en el trono un alemán, príncipe de la sangre sajona, joven, pues apenas tenía veintitrés años, apuesto, que recibe el nombre de Gregorio XV. A su vez Othon III, hijo de un padre exaltado y de una madre griega, nieto de aquel Othon *el grande*, que soñara con la restauración del Imperio Carlovingio y de aquella triste Adelaida que tuviera en su juventud tantas y tan luctuosas tragedias; pagado de la sangre helénica que corría por sus venas, henchido de pensamientos erróneos; con la corona imperial sobre sus sienes á los quince años, con un Papa joven pariente y amigo á su servicio en Roma, donde parece la palabra imposible borrada del lenguaje de los hombres; con ambiciones que se creen fáciles de realizar, cuando se miran tras los juegos de la infancia y al ingreso de la mocedad, en que el corazón late con violencia cada día mayor y la ilusión brilla con resplandores cada día más nuevos; en tal estado, debía pensar que á sus conjuros pronto resurgirían las artes, á sus oraciones reedificaríase la Iglesia de nuevo, á su lanza rendiríanse Constantinopla y el Asia, levantándose magestuosísimo sobre aquel mundo atónito un nuevo Imperio digno de Trajano y de Marco Aurelio. Alemán y príncipe alemán el Papa, precisaba defenderlo con gran defensa y rodearlo de gran seguridad, á cuyo fin toma Othon todas las disposiciones convenientes, aconsejándose así de la energía como de la clemencia. Mas la disposición única, que debía tomar para salvarlo todo, no la tomó; el quedarse perpetuamente y á la continua en Roma. Sus obligaciones le llamaron á Germania; y una vez en Germania, los romanos Cencio y sus adherentes, dolidos del gobierno de extranjeros imperitos, se sublevan y expulsan al Papa. Y un hombre de ínfima extracción, asentado en la silla episcopal de Plasencia por favor de Teofania, griego de raza, calabrés de nacimiento, maestro en todas las artes de su tiempo, fecundo en la palabra, hábil en la política, intrigante en los sínodos, cortesano en los palacios; de una ambición desapoderada, y como todos los ambiciosos, de una ingratitud sin remedio; aunque debiera su poder á los Othones y en las fuentes bautismales tuviese al Papa y al Emperador, que le amaban como á su padrino, levantóse contra ellos y recibió la tiara de manos de Cencio, para representar el odio eterno del patriciado latino al sacerdocio y al Imperio. Juan XVI se llamaba este Papa, que gobernó espiritualmente á Roma mientras Cencio la gobernaba temporalmente. Mas la eterna tragedia de estas historias se repitió en todas sus partes. Othon III volvió con gran golpe de gentes;

y el Papa huyó al campo y Cencio se fortificó en el castillo de San Angelo. Varios ginetes germánicos persiguieron á Juan XV, lo alcanzaron y le cortaron la lengua, la nariz, las orejas, y le arrancaron los ojos, y lo metieron mutilado de esta suerte en monástica celda, de la cual pocos días después lo sacaron, para pasearlo por las calles de la Ciudad Eterna á grito de pregón y entre las risotadas del pueblo. Cencio quedaba en sus fortalezas abandonado de todos sus partidarios, sin que las gentes sabinas se atrevieran á socorrerle, ni las gentes romanas á levantarse en su favor, opresas todas por el poder y por la victoria del Emperador y de los alemanes. Al finalizarse el siglo décimo, el 29 de Abril de 998, se emprendió el asalto y se rindió la fortaleza, según los alemanes, vencida por el valor alemán, según los romanos, por un perjurio de Othon, que ofreciera la vida de antemano al patricio y lo matara después de entregado á su lealtad y á su palabra. El cuerpo del gran patriota estuvo largo tiempo insepulto, en el campo donde Nerón atormentara á tantos mártires cristianos. Su hermosa mujer lo recogió con piedad y lo sepultó con verdadero dolor, jurando una sangrienta venganza. Y en efecto, cuenta la tradición que malherida en sus afectos por la crueldad del Emperador, y violada en su cuerpo y lacerada en su honra por la brutalidad de los imperiales, captóse con empeño el ánimo de Othon III, rindió su albedrío, le obligó á enamorarse de ella locamente, y cuando lo tenía perdido de amor y entregado á sus caricias, le dió muerte. Así acabó la heroica raza de los Othones. Pero entre tantas dificultades y tantos peligros, fueron subiendo como dos astros de primera magnitud para regir los cinco siglos, que aún quedaban de Edad Media, el Pontificado y el Imperio. Nacieron, pues, ambas estrellas de la Edad Media, como nacieron los derechos humanos en la Revolución, entre lágrimas y sangre.

Otro de los grandes factores, componentes del mundo moderno, fué uno, con fuerza creadora tan intensa, que, á su virtud, se pusieron en contacto el Oriente con el Occidente, separados hasta entonces en todo el trascurso de la Edad Media, y se fundaron en el continente los municipios, sobre cuyas tierras de propios las cadenas del siervo de la gleba se rompieron, y brotaron los primeros gérmenes de las instituciones parlamentarias. El movimiento de las Cruzadas, así en su flujo como en su reflujo, nos trajo muchos bienes; pero también segó en flor á varias generaciones mártires, inmoladas por aquel extraordinario esfuerzo. En cuanto se acabaron las guerras y conflictos entre los primeros Pontífices, pupilos de Alemania, y los Césares Othones, comenzó el terror terrible religioso, que moviera y determinara los cruzados á partirse hacia Jerusalén. Este gran terror causa más víctimas que todos los terrores modernos juntos de todas las revoluciones democráticas sumadas. La triste ausencia del trabajo dejó yermo el campo, y la esterilidad del campo extendió por todas partes el hambre; y el hambre engendró la peste, de tal modo, que, en los aires, en los laboratorios eternos de la vida, se respiraba la muerte. Glaber cuenta que en Aquitania la carne se despegaba y desprendía del hueso á los miserables habitantes.